

Amor, paz y política de Manuela Sáenz Aizpuru para la América: palabras en cartas y diarios para tiempos de guerra y patriarcado¹

Patricia Victòria Martínez i Àlvarez

Doctora en Historia

Universidad de Barcelona

<https://orcid.org/0000-0002-2701-3341>

pvmartinez@ub.edu

Resumen

Entre fines del siglo XVIII y las primeras décadas del siglo XIX, se desarrollaron los procesos de independencia en América que dieron lugar a nuevas repúblicas. La memoria patriarcal ha recogido los hechos de sus soldados y de sus líderes hombres para narrar aquel período. En las últimas décadas, algunas historiadoras han estudiado las vivencias de muchas mujeres, entre ellas a Manuela Sáenz Aizpuru, quien expresada en primera persona desde la historia feminista o, en tercera, desde la memoria patriarcal, deviene personas diversas. Este artículo se centra en sus escritos para que sea ella quien explique su propia política y los sentidos que puso al período de las independencias en el Ecuador, en Colombia y en el Perú.

Palabras clave: América Latina; escritura femenina; historia feminista; independencias; Manuela Sáenz Aizpuru.

Love, peace and political of Manuela Sáenz Aizpuru for the America: words in letters and newspapers on war and patriarchy

Abstract

Between the end of the 18th century and the first decades of the 19th century, independence processes developed in America giving birth to the new republics. Patriarchal memory has collected the deeds of its soldiers and male leaders to portray the story of that period of time. In the last decades some female historians have talked about the experiences of many women of that period: Manuela Sáenz Aizpuru, whether explained in the first person by feminist history or in third person, by patriarchal memory, becomes a different person. In this article I focus on her writings so that she is

¹ **Procedencia del artículo:** Este trabajo es uno de los resultados del proyecto de investigación “Mujeres de la Independencia en la Memoria”, RIEL- PUCP (Vicerrectorado de investigación, convocatoria CAP 2019).



the one who relates her own politics and the meanings that she gave to the period of the independence in Ecuador, Colombia and Peru.

Keywords: Feminist History; feminine writing; independence; Latin America; Manuela Sáenz Aizpuru.

Recibido: 18 de abril del 2022. **Aprobado:** 21 de junio del 2022

Artículo de reflexión

<https://doi.org/10.25100/poligramas.v0i55.12630>

¿Cómo citar este artículo en MLA? - *How to quote this article in MLA?*

Martínez i Àlvarez, Patrícia Victòria. “Amor, paz y política de Manuela Sáenz Aizpuru para la América: palabras en cartas y diarios para tiempos de guerra y patriarcado”. 55 (2022): e.2812630

Web. Fecha de acceso (día, mes en mayúscula y abreviado, y año).

La América, el amor y el deseo de paz son tres elementos alrededor de los que propongo algunas ideas en este artículo, pues estos elementos fueron realidades fundamentales dentro de la vida de Manuela Sáenz Aizpuru. Este ejercicio de lectura de algunos de sus textos en primera persona tiene como propósito escucharla a ella, que fue quien amó, deseó y soñó a América. Escucharla a ella significa partir de Manuela, sin que medien los relatos memorialistas, nacionalistas o románticos que tantos hombres han construido sobre ella, para modelarla a la medida de sus necesidades políticas y nacionalistas. Partir de Manuela Sáenz ha significado, en el proceso de investigación, leerla y escuchar a quienes hoy han estudiado su vida para contarla, descubrir cuál América fue la suya, porque “le venía por dentro de sí misma”, como ella misma escribió. Leerla en primera persona ha significado también descubrir que sus formas de amor (algo que ha sido traducido con el reiterado adjetivo convertido en el nombre de “la amante de Bolívar”) fueron la medida para su sentido de libertad siempre, en todo lo que conocemos de su vida. El deseo de paz de Manuela estuvo dentro de sus formas de amor, porque Manuela Sáenz sabía que no era posible el amor sin la paz. Escuchar a Manuela Sáenz, partiendo de ella, a través de sus palabras, ensancha, pues, la historia de las mujeres, la historia de América y, por supuesto, la historia del amor y de la paz, tan en el centro de la vida de la humanidad y tan en los márgenes de los relatos de la historiografía.

Manuela Sáenz Aizpuru: una vida llena de América

Manuela Sáenz Aizpuru nació en Quito en el año 1795 (Lema 29) o en 1797 (Rumazo 19; Von Hagen 25). Esta disparidad de fechas y lugares se mantiene en muchos otros aspectos de la vida de Manuela y se debe a la variada literatura escrita por quienes narraron su historia; por esto, el cotejo de algunos acontecimientos resulta confuso. Qué tiempo vivió con su madre, por ejemplo, es difícil de saber: según Londoño (69), pocos días después de dar a luz, su madre doña Joaquina murió y Manuela fue entregada por Simón, su progenitor, al Monasterio de Santa Catalina para que fuera criada y educada por las religiosas. En cambio, Rumazo (32) habla de la vida de Manuela con su madre durante años; si convivió con la hermanastra, el hermanastro y la madrastra o fue a vivir a la hacienda materna de Catahuango, y en qué período exactamente, son noticias que también se contradicen entre biografías y relatos. Sabemos que Simón Sáenz estaba casado mientras mantuvo una relación con Joaquina Aizpuru y que, por lo tanto, en el mundo colonial, en el que nació Manuela —del que Simón fue, además, funcionario, representante y recaudador del rey en la ciudad de Quito—, ella fue considerada y vivió como hija ilegítima. La muerte de la madre antes o después y su condición de ilegítima explican por qué Manuela vivió en monasterios durante parte de su infancia y juventud. Al parecer Simón Sáenz cayó en prisión en el año 1810, por realista, y que desde entonces se refugió por períodos en Panamá, donde Manuela lo acompañó hasta el año 1816. Rumazo y Von Hagen proponen fechas distintas para la aparición de Nathán y Jonás, dos esclavas negras, en la vida de Manuela, que tal vez compró Simón y sobre cuya relación de convivencia ha quedado testimonio escrito en los diarios y cartas de Manuela Sáenz Aizpuru. Quito, la hacienda Catahuango, el Monasterio de Santa Catalina y el posible viaje a Panamá aparecen en la vida de los primeros años de Manuela, según Rumazo y Von Hagen. También aparece el pueblo de Chillogallo, cerca de la hacienda, donde se celebraban las misas semanales a las que ella acudía y donde, escribe Rumazo, “le fascina exhibirse” (62).

Entre ambos autores hay disparidad en cuanto al matrimonio de Manuela: mientras uno afirma que, entre los años 1816 y 1817, Simón arregla el matrimonio de Manuela Sáenz con James Thorne y Wardlor en Panamá, otro afirma que esto sucede en Quito. Justo ahí, en Quito, Rumazo cuenta también que estaba la madre de Manuela, en cuya casa se veían Manuela y James durante el noviazgo, aunque podría ser considerada ésta la esposa de Simón. James Thorne y Wardlor era un naviero y comerciante que tenía negocios en el Perú —según Rumazo, Thorne era médico— y con él se casó Manuela en la Iglesia de San

Sebastián, en Lima. Allí vivirían los siguientes años (Villanueva 23), y allí se relacionaría Manuela estrechamente (Álvarez 24) con mujeres y hombres con afán de libertad para América.

Hechos tan fundamentales de la vida de Manuela Sáenz, como con quién vivió los primeros años y cuánto tiempo la pudo criar su madre, aparecen pues borroneados en los relatos de quienes escribieron sobre ella entre el siglo XIX y XX, que fueron escritores que buscaron en Manuela Sáenz Aizpuru lo que había en ella de Simón Bolívar —con quien ella mantuvo, durante ocho años, una intensa relación política de amor—. Lo cierto es que la vida de Manuela transcurrió antes, durante y después de Simón Bolívar, aunque casi nada de toda esa vida supieron leer y transcribir aquellos relatores.

Entre las personas de mayor confianza de Simón Bolívar estuvo el general O’Leary, quien redactó sus propias memorias publicadas a partir de 1877 por orden de Guzmán Blanco y en las que aparecen numerosas noticias sobre Bolívar. El archivo de Simón Bolívar había sido depositado por él mismo primero en las manos de O’Leary y después en las de Manuela Sáenz Aizpuru; sin embargo, aunque ella era fundamental en la custodia de la documentación, O’Leary comenta en su publicación que era él:

[...] asiduo en la colección de documentos, en cuya empresa ayudábanme eficazmente mis camaradas, sobre todo Sucre, Heres, José Gabriel Pérez, Espinar y más que todos Pedro Briceño Méndez. Andando el tiempo, y a medida que aumentaba la copia de documentos pensé en escribir la vida del Libertador, valiéndome de ellos. En el transcurso de las campañas se perdieron muchos importantes. (Tomo 3, vol. 1, 7)

Las memorias de O’Leary no nombran a Manuela Sáenz ni como custodia de la documentación, ni tampoco como política y hacedora de la libertad de aquellos territorios, como sí nombran a “sus camaradas”. No obstante, O’Leary encargó a Manuela un pasaje de su escrito, hecho que corrobora la propia Manuela en su Diario de Paita. Con este relato pedía el general “a la amante”² que describiera los hechos de la noche en que el Libertador había sufrido un intento de asesinato y ella, tal como él reconoció

² A Manuela Sáenz Aizpuru la reconocen las memorias nacionales del Perú, de Colombia, del Ecuador y también la de Venezuela como “la amante del Libertador”, como “la amante de Simón Bolívar”. En el hecho de que gran parte de los relatos escolares, sociales y tradicionalistas la reconozcan como “Manuelita” cabe la interpretación del cariño, de la cercanía con que se la percibe, pero también la evidencia de que no se la considera una política de la época de las independencias, sino alguien que amó mucho y acompañó al verdadero independentista, Bolívar.

públicamente al día siguiente, lo salvó. La misma publicación de las Memorias de O’Leary recoge las palabras del presidente de la República, quien explica por qué era necesario excluir los pliegos “en que se arrojaban a los vientos de la publicidad intimidades amorosas del Libertador; que nada tenían que hacer con la vida pública de este, ni con la historia de Colombia” y que convenía entonces no publicar “por decoro nacional y por patriótica gratitud” (Tomo 3, vol. 32, 7 y 8). El amor y la política, en los relatos masculinos sobre quién hacía historia, fueron separados: responde esto al tradicional sistema sexo/género de las sociedades patriarcales que dividen la realidad en lo público (masculino, político, hacedor y proveedor) y lo privado (femenino, doméstico, cuidador).

Jean Baptiste Boussingault escribió en sus *Memorias* sobre Manuela Sáenz Aizpuru llamándola “la amante titular”. Además, años antes de iniciarse el siglo XX, en sus *Tradiciones peruanas*, Ricardo Palma —que conoció a Manuela en su exilio de Paita, en el Perú— escribió sobre ella que: “Doña Manuela era una equivocación de la naturaleza, que en formas esculturalmente femeninas encarnó espíritu y aspiraciones varoniles. No sabía llorar, sino encolerizarse como los hombres de carácter duro” (Tomo 4, 68). Años más tarde, en 1944, Rumazo publicó la primera de las diez ediciones de su “Manuela Sáenz, la libertadora del libertador” y allí explicitó que el primer intento de asesinato a Bolívar, en Kingston, “estuvo a punto de impedir que la quiteña [esto es, Manuela] entrase en la historia” (71) y que si Bolívar no hubiera llegado en el año 1822 a la ciudad de Quito “el derrotero de la vida de Manuela Sáenz habría sido diverso, quizás insustancial, opaco” (88). Manuela entraba o salía de la historia, según Rumazo, en función de Bolívar. En el año 1958, Von Hagen publicó una biografía de Manuela Sáenz, en la que manifiesta que el amor con Bolívar era público, y en la que aseguraba ser lógico que, de tal madre, hubiera salido tal hija, en lo que a las formas de amor se refería. A inicios del siglo XXI, aparecieron publicadas, bajo la edición de Carlos Álvarez Saá, en Bogotá, un número considerable de cartas de Manuela Sáenz y sus diarios, material que ha sido también reproducido por el gobierno de Venezuela recientemente³. Al respecto de toda esta literatura, Sarah C.

³ Al respecto de la publicación de Álvarez Saá, Manuel Espinosa Apolo propone que fueron recogidos “por el general colombiano Antonio de La Guerra, quien en los días del fallecimiento de Manuela (noviembre de 1856), se habría encontrado de paso por el Perú. Posteriormente el general De la Guerra entregaría los documentos al general Briceño y éste, a su vez, en el año de 1860, los habría depositado en el Congreso Nacional de Colombia; institución que dispusiera, según refiere Carlos Álvarez Saá, se levanten los inventarios de rigor y se protocolicen” (Espinosa 2). Entre las historiadoras que actualmente han trabajado sobre Manuela Sáenz, en todo caso, no se ha planteado que los escritos no sean de autoría de Manuela: sobre “los datos” y la necesidad de la historiografía patriarcal de decir si son verdad o no, ha escrito recientemente María-Milagros Rivera Garretas sobre el método y la violencia hermenéutica.

Chambers (335) plantea en su estudio que los discursos biográficos, memorialistas —así como parte de la literatura que se publicó durante el siglo XIX—, en tiempo de postguerras, pretendían devolver a las mujeres a la casa, mujeres que, como Manuela, habían estado en las calles trabajando por la libertad y por las libertades.

Además de los escritores citados, durante el siglo XX encontramos a algunas escritoras cuyas obras, basadas en lo que han sido denominadas “ficciones de archivo”, tuvieron como objetivo hablar de mujeres anteriores a ellas, creando así una genealogía femenina, en diversas historias nacionales, algunas de las cuales incluyeron a Manuela Sáenz. Eran “[R]econstrucciones del pasado llevadas a cabo por las escritoras latinoamericanas para dar cuenta de una subjetividad singularizada, con capacidad de escritura e inscrita dentro de una genealogía” (Libertad, 87). En este caso, dichas obras daban a conocer a Manuela Sáenz desde relatos literarios no basados en un corpus documental archivístico. Esta práctica que no distaba mucho de la que habían llevado a cabo los escritores biógrafos de Manuela, que también construyeron ficciones, cuyo objetivo, empero, no era el de dejar constancia de la historia de las mujeres, sino que construían una historia de los hombres en la que algunas mujeres los acompañaban. María Jesús Alvarado, Concha Peña y Olga Briceño escribieron acerca de Manuela Sáenz creando, tal como apunta Mariana Libertad, un *continuum* que daba cuenta de la existencia de una historia de las mujeres en la política y en la cultura nacionales.

Entre los relatores hombres del siglo XIX e inicios del siglo XX, que escribieron sobre la Manuela *amante*, la *equivocación* de la naturaleza y aquella hija *de tal madre*, y las escritoras e historiadoras del siglo XX que crearon ficción y que escucharon la voz de Manuela Sáenz Aizpuru en sus cartas y en sus diarios, estuvo también Teresa de la Parra que, en su conferencia en Cuba, explicó:

La figura de doña Manuelita es en extremo interesante, no sólo por su lado pintoresco sino porque representa, si bien se analiza, el caso de la protesta violenta contra la servidumbre tradicional de la mujer a quien sólo se le deja como porvenir la puerta no siempre abierta del matrimonio. Mujer de acción, no pudo sufrir ni el engaño ni la comedia del falso amor. Hija de la revolución, no escuchó más lenguaje que el de la verdad y el del derecho a la defensa propia. Fue la mujer *après guerre* de la Independencia. Predicó su cruzada con el ejemplo sin perder tiempo y sin dejar escuela. (106)

Teresa de la Parra habló así de Manuela también en Colombia en 1930, donde, además, en la conferencia titulada "Importancia de la mujer durante la Colonia y la Independencia", profundizó sobre los procesos pre y post independencias señalando que:

Si los criollos ricos, refinados y orgullosos como son, acatan desde lejos la autoridad del rey, están en cambio enconados contra los chapetones o gobernantes españoles quienes a menudo, brutales e interesados no tratan de adaptarse al ambiente. Sólo piensan en enriquecerse a expensas muchas veces de esos mismos criollos dueños efectivos del país porque son los dueños de la tierra. A veces para mortificarlos más eficazmente los chapetones se alían con los pardos. Parciales les dan la razón o les conceden privilegios sobre los criollos blancos sus enemigos naturales. Humillados en su orgullo de casta, los criollos guardan un hondo rencor. En el grupo de descontentos, ellas, las mantuanas, se destacan. Son las abanderadas de este sentimiento de encono que está pidiendo a gritos una protesta. Como lo demostrarán en la Independencia, bajo su exterior lánguido tienen un alma de fuego lista para todas las exaltaciones, todos los sacrificios y todos los heroísmos. Los clubes o centros de reuniones secretas donde irán a conspirar los hombres solos, casi no existen todavía. Las mujeres por lo tanto asisten a los comentarios, a la exposición de las nuevas ideas, a todos los gérmenes de revolución que van creciendo a puerta cerrada en las salas y en los patios de las casas principales. Allí, en la tertulia ellas fustigan a los hombres con sus observaciones personales y sus palabras vehementes. Una contará el último rasgo de superioridad insolente que le sorprendió al Capitán General durante la misa mayor del domingo. Otra comentará la desatención de un chapetón cualquiera quien le cedió tarde y mal el paso cuando ella, escoltada por la esclava, la silla y la alfombra de rezar en la iglesia, salía a pie de la catedral y atravesaba la plaza camino a su casa. (82)

Teresa de la Parra, con estas palabras, retrataba la complejidad de las sociedades americanas en el siglo XIX: aquello que oponía el sistema político de las colonias al de las repúblicas no se reflejaba en forma alguna en el deseo político de los líderes de las independencias, es decir, terminar con el sistema de privilegios. Las independencias, entonces, no pretendieron generar igualdades entre distintos de piel ni de origen cultural, sino que promovieron un cambio de estructura política para garantizar, más bien, el mantenimiento de los privilegios de grupo entre quienes habían ostentado el poder colonial indirectamente (criollos y mantuanos) y aquellos que lo habían soportado sin derecho alguno y directamente (indígenas, población del común y toda suerte de

mestizajes). Esta complejidad explica la guerra constante en la mayor parte del territorio americano, durante el siglo XIX. En este sentido, las cartas de Manuela Sáenz nos ayudan a dibujar el panorama de caudillaje, de militarismo, de revolución, de luchas entre líderes y de bandos militares por el poder de las repúblicas nacientes. “Peregrinaciones de una Paría”, de Flora Tristán, basada en hechos acontecidos en el Perú, entre 1833 y 1834, y las vidas de escritoras muy posteriores, como Juana Manuela Gorriti o Clorinda Matto, nos muestran este panorama extendido a lo largo de todo el siglo en la América independiente.

Ya en el siglo XXI, Victoria Villanueva ha escrito, sobre Manuela Sáenz Aizpuru, que:

[...] sus diarios y sus cartas hacen posible conocerla tal cual era ella o, más bien, cómo ella se percibía a sí misma, atreviéndose a expresar sus anhelos de libertad para todo el continente americano, sin renunciar jamás a su propia libertad. [...] Manuela Sáenz nos permite también conectarnos con el pasado en su propio ritmo, imaginar ese convulsionado mundo del siglo XIX en América desde su esquina. (97)

En este resumen acerca de los relatos contruidos desde símbolos patriarcales sobre Manuela Sáenz (los biógrafos, los cronistas, los memorialistas) y acerca de cómo mujeres escritoras y mujeres historiadoras han devuelto a su propia historia a Manuela Sáenz Aizpuru, he pretendido poner en evidencia tres cuestiones: la primera, que las voces masculinas y las voces femeninas que hablan sobre Manuela, y que aquí recojo, no dicen a la misma Manuela, puesto que las masculinas la estereotipan a partir de relatos, mientras que las femeninas intentan explicar aquello que escuchan en y de la voz y actos de Manuela. Esta primera cuestión demuestra que mujeres como Manuela Sáenz Aizpuru, su política y sus formas de vida, pueden seguir ensanchando la historia desde aquello que dejaron dicho en primera persona en los textos que de ellas conservamos. La segunda cuestión se trata de la colonialidad en la vida Manuela Sáenz Aizpuru que, por supuesto, atravesaba la estructura social de América antes y después de declaradas las independencias: de ello hacen eco los relatores que intentan explicar su vida a partir, también, de estereotipos, paradigmas morales y sociales. Finalmente, la tercera cuestión: la vida de Manuela Sáenz Aizpuru estuvo llena de la América que ella sentía y vivía. Significa esto que, en sus textos, llenos de su mirada y de sus percepciones, hay una propuesta de territorialidad, de política y de patria que va más allá del sentido de guerra,

de caudillismo, de militarismo y de traición que se aposentó durante todo el siglo XIX en América.

El amor político en las cartas y diarios de Manuela Sáenz

La correspondencia que se atribuye a Manuela Sáenz Aizpuru, así como los diarios de Quito y Paíta, nos abren a buena parte de su visión y modo de sentir. Silvia L. López propone que esta correspondencia fue el modo de construirse a sí misma, Manuela “como enunciadora patriota” (248). Además, plantea que el intercambio progresivamente intensificado entre Manuela y Bolívar expresaba uno de los convencimientos de ella: que sin unión de los cuerpos era también difícil pensar en el éxito en el campo de batalla; López lo denomina “afectos privados con proyección pública”.

En este artículo planteo que en la escritura de Manuela Sáenz es ella hecha palabra, y que su sentido de la política, entonces, era y se nutría, a la vez, de su sentido del amor: sin binarismos ni opuestos entre esos dos espacios —el privado y el público— que produjo el patriarcado y que, en el simbólico femenino, no existen.

Loca, amante y libertadora son tres de los adjetivos con los que sus narradores y muchos de los relatos memorialistas se refieren a Manuela. En otro trabajo he analizado el significado que ella misma dio a su “ser libertadora” y, ligado a ello, a su “ser patriota”, y aquí planteo la dimensión política de las formas de amor de Manuela Sáenz.

En la carta de 1823, que fue publicada en el año 2010 por el gobierno de Venezuela, pero también en las memorias de O’Leary, de las que he hablado anteriormente, Manuela se refiere a Bolívar como su amante (él de ella, no ella de él) y se dirige a su esposo Thorne, enseñándole el sentido común del porqué no volverá con él. Años más tarde, cuando Flora Tristán viaja al Perú desde Francia, deberá ocultar que está casada a las autoridades francesas, a sus compañeros de viaje en barco, a la sociedad de cada puerto en los que se detiene y a toda su familia en el Perú. Entre esta carta de Manuela y el viaje de Flora transcurren diez años hacia adelante. Manuela no viene del liberalismo que impregna muchos de los discursos de los “padres de la patria” de las naciones francesa o americanas, sino de la ciudad de Quito, pero Manuela Sáenz Aizpuru hizo público su amor a Bolívar, mientras estuvo con él, incluso, ante su esposo, y después de muerto el libertador. La guiaba en su certeza lo político que es el amor: su potencial transformador y su convencimiento de que el amor está en el centro de cualquier formalidad de las propias de las sociedades, esas formas de organización basadas en principios patriarcales de relación:

Y ¿cree usted que yo, después de ser la predilecta de este general por siete años y con la seguridad de poseer su corazón, prefiera ser la mujer del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, o de la Santísima Trinidad? (...) Yo sé muy bien que nada puede unirme a él bajo los auspicios de lo que usted llama honor. ¿Me cree usted más o menos honrada por ser él mi amante y no mi esposo? ¡Ah! Yo no vivo de las preocupaciones sociales inventadas para atormentarme mutuamente.

Déjeme usted, mi querido inglés. Hagamos otra cosa: en el cielo nos volveremos a casar, pero en la tierra no. ¿Cree usted malo este convenio? Entonces diría yo a usted que era muy descontento. En la patria celestial pasaremos una vida angélica y toda espiritual (pues como hombre; usted es pesado); allá todo será a la inglesa porque la vida monótona está reservada a su nación (en amores, digo, pues en lo demás, ¿quiénes más hábiles para el comercio y la marina?). El amor les acomoda sin placeres, la conversación sin gracia y el caminar despacio, el saludar con reverencia, el levantarse y sentarse con cuidado, la chanza sin risa; estas son formalidades divinas, pero yo, miserable mortal que me río de mí misma, de usted y de otras seriedades inglesas, etc., ¡qué mal me iría en el cielo! Tan malo como si fuera a vivir en Inglaterra o Constantinopla, pues los ingleses me deben el concepto de tiranos con las mujeres, aunque no lo fuese usted conmigo, pero sí más celoso que un portugués. Eso no lo quiero yo. ¿No tengo buen gusto?

Basta de chanzas. Formalmente y sin reírme, con toda la seriedad, verdad y pureza de una inglesa, digo «que no me juntaré más con usted». Usted anglicano y yo atea, es el más fuerte impedimento religioso; el que estoy amando a otro, es mayor y más fuerte. ¿No ve usted con qué formalidad pienso? (Ministerio 154)

En la sociedad patriarcal en la que vivía Manuela, cruzada por la colonialidad, las mujeres guardaban el honor y el linaje masculinos en la casa, el recogimiento religioso y el matrimonio. Manuela Sáenz, cuyo deseo de libertad tenía sentido en primera persona, proponía para la América libre otra manera de honor. La guía su certeza de ser honorable amando sin matrimonio, tal como se lo propone a Thorne en esta carta. Su forma de amor sostiene la formalidad con la que habla y transmite aquello a lo que se compromete Manuela: a no vivir sin placeres.

El amor de Manuela Sáenz a Simón Bolívar se expresó en sus diarios con serenidad y sin perder su propio centro: el de Manuela. El 3 de Julio de 1822, desde Guaranda, el libertador se dirigió:

A la distinguida dama, Sra. Manuela Sáenz

Apreciada Manuelita:

Quiero contestarte, bellísima Manuela, a tus requerimientos de amor que son muy justos. Pero he de ser sincero para quien, como tú, todo me lo ha dado. Antes no hubo ilusión, no porque no te amara Manuela y es tiempo de que sepas que antes amé a otra con singular pasión de juventud, que por respeto nunca nombro.

No esquivo tus llamados, que me son caros a mis deseos y a mi pasión. Sólo reflexiono y te doy un tiempo a ti, pues tus palabras me obligan a regresar a ti; porque sé que esta es mi época de amarte y de amarnos mutuamente.

Sólo quiero tiempo para acostumbrarme, pues la vida militar no es fácil ni fácil retirarse. Me he burlado de la muerte muchas veces, y esta me acecha delirante a cada paso.

Qué debo brindarte: ¿un encuentro vivo acaso? Permíteme estar seguro de mí, de ti y verás querida amiga quién es Bolívar al que tú admiras. No podría mentirte. ¡Nunca miento! Que es loca mi pasión por ti, lo sabes. Dame tiempo. (Ministerio 17)

Manuela contemplaba lo esencial: por eso su convencimiento y experiencia de necesaria libertad. Años más tarde tras haber ido y vuelto al Perú, tras haber conocido a Bolívar, y al recibir las primeras cartas atormentadas del *Libertador*, pidiéndole tiempo a su amor, Manuela le escribió volviendo la mirada a aquello que era real, al moverse de la vida, y desde la Hacienda de El Garzal, sin dialogar con el tormento de Bolívar, le manifestó que:

Aquí hay de vivaz todo un hechizo de la hermosa naturaleza. Todo invita a cantar, a retozar; en fin, a vivir aquí. Este ambiente, con su aire cálido y delicioso, trae la emoción vibrante del olor del guarapo que llega fresco del trapiche, y me hace experimentar mil sensaciones almibaradas. Yo me digo: este suelo merece recibir las pisadas de S.E. El bosque y la alameda de entrada al Garzal, mojados por el rocío nocturno, acompañarían su llegada de usted, evocando la nostalgia de su amada Caracas. Los prados, la huerta y el jardín que está por todas partes, serviránle de inspiración fulgurante a su amor de usted, por estar S.E. dedicado casi exclusivamente a la guerra. Las laderas y campos brotando flores y gramíneas silvestres, que son un regalo a la vista y encantamiento del alma. La casa grande invita al reposo, la meditación y la lectura, por lo estático de su estancia. El comedor, que se inunda de luz a través de los ventanales, acoge a todos con alegría; y los dormitorios reverentes al descanso, como que ruegan por saturarse de amor... Los

bajíos a las riberas del Garzal hacen un coloquio para desnudar los cuerpos y mojarlos sumergidos en un baño venusiano; acompañado del susurro de los guaduales próximos y del canto de pericos y loros espantados por su propio nerviosismo. Le digo yo, que ansío de la presencia de usted aquí. Toda esta pintura es de mi invención; así que ruego a usted que perdone mis desvaríos por mi ansiedad de usted y de verlo presente, disfrutando de todo esto que es tan hermoso. Suya de corazón y de alma. (Ministerio 18)

La lectura de este relato habla claramente de alguien cuyo convencimiento de amor radica en sí misma: Manuela, que describe toda la exuberancia natural en el Garzal, ama lo que está vivo y sugiere a Bolívar que se deje llevar por la luz, por la posibilidad de reposo, por todo lo verde y por lo que pueden vivir allá juntos. En su diario, al día siguiente, se escribe a sí misma lo que ella sabe y el porqué de aquella carta a Bolívar, restando importancia a lo que no es fundante —el vértigo de Bolívar ante un amor libre— y reconociendo su propia gracia como centro de tanta vida alrededor. En aquel mismo diario, Manuela recogió a Bolívar con sus palabras, desde su mirada:

Me di perfecta cuenta que en este señor hay una gran necesidad de cariño; es fuerte, pero débil en su interior de él, de su alma, donde anida un deseo incontenible de amor. S.E. trata de demostrar su ánimo siempre vivo, pero en su mirada y su rostro se adivina una tragedia. Me comentó que se sentía en el cenit de su gloria de él; pero que, en verdad (y esto lo dijo muy en serio), necesitaba a alguien confidente y que le diera seguridad. (Ministerio 125)

Manuela Sáenz Aizpuru mencionaba en sus cartas, indistintamente, los términos “amor” y “amistad”, y en la siguiente epístola ahonda todavía más en el sentido que para ella tienen estas emociones. Uniendo “amiga”, “amor” y “patriota”, Manuela expresa, en esta corta misiva a Bolívar, que la realidad relacional no es fragmentada y exhorta al libertador a ser consecuente, a hacer tal como ella hace, a ser “gentil”, que es el código de él, a tenerle amor y a quererla como patriota:

Huamachuco, a 26 de mayo de 1824

General Simón Bolívar

Señor mío:

He de decirle a usted que mi paciencia en no ver su ánimo disponible hacia su amiga, que lo es sincera, tiene un límite. Usted, que tanto hablaba de corresponder

gentilmente a los amigos, duda en escribirme una línea; esto me provoca una agonía fatal, pues no encuentro que satisfaga mis interrogantes acerca de usted o de su comportamiento austero, aunque diplomático.

¿He de preguntarle a usted mismo? No, porque ni siquiera piensa en mí, ni su respuesta es espontánea. Téngame un poco de amor, aunque sólo sea por lo de patriota. Manuela. (Ministerio 35)

Manuela Sáenz Aizpuru amó la libertad, a América, a muchas mujeres, a algunos hombres, y a Simón Bolívar, amigo y amor. En este fragmento de su Diario de Paíta, enteras están su ansia, su meditación, el amor al libertador y su certeza política en relación a algunos de los avatares que había liderado Bolívar. Expresan, una vez más, la solidez de su experiencia vital y el modo en que se conjugaban las emociones y las evidencias que el libertador, cuyo amor no estuvo con él a los campos de batalla, no siempre supo ver:

Hoy se me hace preciso escribir por la ansiedad. Estoy sentada frente de la hamaca que está quieta como si esperara a su dueño. El aire también está quieto; esta tarde es sorda. Los árboles del huerto están como pintados.

En este silencio mío, medito. No puedo olvidar. Simón no comprendió nunca que todavía no había llegado el momento para emprender la lucha, y lograr conquistas de libertad. Sólo consiguió deshacer su vida de él. La llenó de dificultades. Sus hazañas extraordinarias quedaron vilmente desposeídas de la gloria. Se apagó su orgullo viril y su amor muy adicto por la libertad. Siempre bajo su destino despiadado.

He tenido trabajos en la casa y me he demorado en volver a escribir. Pero aquí estoy de nuevo frente a este diario que es mi refugio.

Un amigo muy querido me preguntó qué había sido yo para El Libertador: ¿una amiga? Lo fui como la que más, con veneración, con mi vida misma. ¿Una amante? Él lo merecía y yo lo deseaba y con más ardor, ansiedad y descaro que cualquier mujer que adore un hombre como él. ¿Una compañera? Yo estaba más cerca de él, apoyando sus ideas y decisiones y desvelos, más, mucho más que oficiales y sus raudos lanceros [...]

¿Qué fueron sus últimos días? Él era un hombre solitario, lleno de pasiones, de ardor, de orgullo, de sensibilidad. Le faltó tranquilidad. La buscaba en mí siempre, porque sabía de la fuerza de mis deseos y de mi amor para él. (Ministerio 183)

Manuela Sáenz Aizpuru llegó a Paíta por la imposibilidad de regresar a su país natal. Muchas de sus cartas están llenas de lo que vio y aprendió en este puerto peruano y, a medida que avanzamos en su correspondencia y diarios, vamos descubriendo cómo aprendió, también, a enamorarse del lugar, por todo lo que estar allí, a pesar de su deseo de regresar a Quito, le proporcionaba. Esa tranquilidad es la que Bolívar, se cuenta a sí misma Manuela en el diario, no había alcanzado a encontrar. Una tranquilidad que, como ella misma señala, le hubiera hecho bien para ver que no era el momento de transformar con la guerra lo que las sociedades coloniales debían transformar con la política del amor.

El deseo de paz en la política de Manuela Sáenz

Al tiempo de guerra que enfrentó a los ejércitos de patriotas y realistas, siguieron, como he planteado ya, décadas de guerras entre caudillos y décadas de guerras también de límites, de fronteras. Tal y como analizan en su reciente libro Carmen McEvoy y Alejandro Rabinovich, entre 1780 y 1890 —es decir, durante prácticamente todo el siglo XIX—, la guerra fue una realidad estructural en el período en el que debía construirse un nuevo orden, distinto al virreinal, en el nuevo marco republicano (13-14). Sucedió en el Perú y también en el Ecuador, a donde Manuela no pudo regresar a vivir por órdenes de Rocafuerte, que la tildaba de revolucionaria y que se enfrentó y amistó también cíclicamente con quien sería presidente, el general Flores. Manuela mantuvo con Flores una estrecha relación epistolar. Ella escribió mucho más que Flores, muchas veces sin obtener no solo sus respuestas, sino tampoco los favores que le pedía. Entre esta experiencia de Manuela Sáenz Aizpuru escribiendo a Juan José Flores y la experiencia que, recientemente han analizado Francesca Denegri y Ana Peluffo, a través de las cartas de Clorinda Matto a Ricardo Palma (o al caudillo Cáceres), transcurrieron cincuenta años, pero la distancia de simbólico político es poca. Como Manuela, Clorinda escribía a un hombre con poder, con armas (de letras, en el caso de Palma), desde una lógica y desde símbolos que ellos solo podían cuantificar, honrar o deshonorar, poner o sacar de la dualidad de los bandos.

Manuela Sáenz escribió decenas de epístolas a Flores que fueron publicadas en el año 1986 por Villalba, en el Ecuador. En cada una de estas cartas aparecen los significados de qué quería decir “política” para Manuela, como en la carta en la que explicaba que había sabido que le habían interceptado el correo (carta escrita desde Jamaica en 1834):

Señor Presidente del Estado Ecuatoriano, General Juan José Flores [...] creerían que decían algo de política (las cartas): se habrán desengañado. ¿Qué tengo que hacer yo en política? Yo amé al libertador; muerto, lo venero y por esto estoy desterrada por Santander [...] pues usted no ignora que nada puede hacer una pobre mujer como yo: pero Santander no piensa así; me da un valor imaginario, dice que soy capaz de todo, se engaña miserablemente; lo que yo soy es, con un formidable carácter, amiga de mis amigos y enemiga de mis enemigos, y de nadie con la fuerza que de este ingrato hombre. Pero ahora que se tenga duro: existe en mí poder su correspondencia particular al Libertador y yo estoy haciendo buen uso de ella. Mucho trabajo me costó salvar todos los papeles el año del 30 y ésta es una propiedad mía, mía. Para no dejar duda a los acontecimientos de atrás, lo invoco a usted mismo en mi favor. Usted sabe mi modo de conducirme y esta marcha llevaré hasta el sepulcro, por más que me haya zaherido la calumnia. El tiempo me justificará.

Siempre recuerdo con placer nuestra antigua amistad, en nombre de ella le pido me ocupe y de aquí deduciré que se acuerda de su amiga y reconocida. (Villalba 96-97)

Manuela vuelve a dejar claro que la amistad es parte fundamental de su centro: su política, sus quehaceres entre generales, su tomar partido, tienen que ver con el amor, con la amistad, y con la verdad que ella guarda. Aclara, además, que sus enemigos la dan por supuesta, sin escucharla a ella, pero que tiene la tranquilidad de que “el tiempo” la justificará: el tiempo, no la historia. Y se despide, como en casi todas las cartas, exponiendo sus emociones y sus sentimientos.

En aquellos momentos de guerra, Manuela quería paz, paz en el Perú, en el Ecuador y en la América. Por eso deseaba que quienes no querían paz no gobernaran y que gobernaran los que pudieran lograrla:

Guaranda, octubre 19 de 1835

Excelentísimo Señor Juan José Flores

Las mujeres siempre dejamos lo más preciso para el fin. Usted me dijo “deseo inmensamente revestirme de la autoridad que el Gobierno me concede sol por perdonar a Alegría (oficial chihuahua): yo deseo que usted se revista para no hacerme parecer criminal y sostener a todo trance su pasaporte. Salude usted al señor Coronel Ponte y a mi amigo Ibáñez. (Villalba 97-98)

Manuela —que mantenía en la mayor parte de las cartas a Flores un nivel detallado de información sobre traiciones e intrigas para advertir al presidente que se cuidara y protegiera— mezclaba las noticias de intención de guerra, asesinato o levantamiento con los detalles más humanos, propios y emotivos:

Paita a 20 de noviembre de 1837. Excelentísimo Señor General Juan José Flores. Guayaquil. Señor General Juan José Flores.

Mi apreciado amigo y señor: ¿he cometido yo algún pecado de lesa amistad? No: primero muerta que inconsecuente. [...] trabajo me costaría dejar de querer a usted. [...] ¿Qué podría usted necesitar de mí y de Paita? Nada, pero aunque se burle de mi oferta le digo de todo mi corazón que deseo servirlo y que me dé el gusto de ocuparme. Como usted para en la Elvira, ni puedo mandarle siquiera unas frutillas de las de Lambayeque. [...] téngame compasión y escíbame algunas veces para ocuparme. Mándeme algunos impresos que no le sean útiles [...] Páselo usted bien y ocupe a su afecta amiga.

Me tomo, señor, la libertad de mandar a usted una sobremesa paiteña a que usted regale al mayordomo de la Elvira para carpeta. Son las primicias de mi aprendizaje, y esto me autoriza. Quedo acabándole un ponchito blanco, pero es fino, le Servirá en la Elvira para el mosquito. (Villalba 108-109)

Manuela hacía explícita la autoridad que ella misma se reconocía en aquella relación con el general y presidente, aunque el silencio de Flores y su condescendencia, le arrancaran a ella impulsos y reclamos que tampoco ocultaba en sus cartas:

Excelentísimo Señor General Juan José Flores. Guayaquil. Señor General Juan José Flores. Mi apreciado amigo y señor

Deseo a usted felices Pascuas y Que el año 38 sea más placentero que los anteriores. Positivamente quiero yo para usted todo el bien que apetezco para mí misma, pues lo amo y lo aprecio con admiración y respeto; éste es el único culto que puede tributarle mi amistad. En su apreciable del 21 de octubre me dice “no sea usted quejosa” ¡déjeme usted quejar! ¿por qué trastornar el orden natural? ¿y de quién sino de usted debo quejarme? 15 años de amistad me dan derecho de decir usted no se acuerda de mí yo quiero que constantemente me piense. ¿No ve usted que las cosas finas son delicadas?: la amistad que tengo por usted no puede ser más fina; conozco también que usted tiene amistad por mí, pero es susceptible de perfección, esta es obra del tiempo.

La Constitución boliviana no vino. Estoy muy contenta con la paz, ya todo está tranquilo. Manuela

¿Cuándo me ocupará usted a mí? con qué inada se le ofrece a usted de Paíta?
(Villalba109-110)

Amistad, amor, política y deseo de paz llenan los textos que Manuela Sáenz nos dejó escritos y que escribió para que otros leyeran y para calmar su ansia y acompañar buena parte de la soledad que vivió en Paíta, en los años de exilio. En este artículo he planteado algunas cuestiones humanas que cruzan la política de Manuela Sáenz y que nos la devuelven en medio de los relatos que la sacaron de la historia.

Referencias

- Álvarez Saá, Carlos. *Los diarios perdidos de Manuela Sáenz y otros papeles*. Bogotá: Fica, 2005. Impreso.
- Boussingault, Jean Baptiste. *Memorias*. Barcelona: Editorial Centauro-J. A. Catalá Editor, 1974. Impreso.
- Chambers, Sarah. “Amistades republicanas. La correspondencia de Manuela Sáenz en el exilio (1835-1856)”. Scarlett O’Phelan Godoy, Fanni Muñoz Cabrejo, Gabriel Ramón Joffré et Mónica Ricketts Sánchez-Moreno (éd.) *Familia y vida cotidiana en américa latina, siglos XVIII-XX*. Lima: IFEA. 2015: 315-354. Impreso.
- Denegri, Francesca y Peluffo, Ana. *Su afectísima discípula. Cartas a Ricardo Palma, 1883-1897*. Lima: Fondo Editorial Universidad Católica del Perú. 2020. Impreso.
- Espinosa Apolo, Manuel. “En el amor y en la guerra. La correspondencia íntima entre Simón Bolívar y Manuela Sáenz”. *Revista de historia de las mujeres*. Lima: CEMHAL. 166. 2016. Online.
- Lema Tucker, Linda. *Manuela Sáenz, la heroína olvidada*, Lima: Editorial Arteidea, 2018. Impreso.
- Libertad, Mariana. “Manuela, la impensable: un diálogo entre Amor y gloria: el romance de Manuela Sáenz y el Libertador Simón Bolívar (1952), de María Jesús Alvarado, y Manuela Sáenz la divina loca (195?), de Olga Briceño”. *Kipus. Revista andina de letras*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar. 32. 2012: 85- 130. Online.
- López, Silvia L. “Del discurso amoroso: La correspondencia de Simón Bolívar y Manuela Sáenz”. *Revista Landa*. UFSC. número. 6, 2. 2018: 240-251. Online

- Londoño, Jenny. “Manuela Sáenz: mi patria es el continente de la América”. *Cuadernos Americanos*. México: Universidad Nacional Autónoma de México. 125. 2008: 67-85. Online
- McEvoy, Carmen y Rabinovich, Alejandro. Tiempo de guerra. *Estado, nación y conflicto armado en el Perú, siglos XVIII-XIX*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2018. Impreso.
- Ministerio del Poder Popular del Despacho de la Presidencia. *Las más hermosas cartas de Amor entre Manuela y Simón*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 2010. Impreso.
- O’Leary. *Memorias*. Caracas: Centro de Estudios Simón Bolívar. 1887-1914 y 2020. Impreso.
- Palma, Ricardo. “La protectora y la libertadora”. *Tradiciones Peruanas*. Barcelona: Montaner y Simón Editores. IV. 1896: 161-169. Impreso.
- Parra [de la], Teresa. *Influencia de la mujer en la formación del alma americana*. Caracas: El perro y la rana, 2016. Online.
- Rumazo González, Alfonso. *La libertadora del libertador*. Caracas y Madrid: Editorial Mediterráneo, 1982. Impreso.
- Villalba, Jorge. *Epistolario*. Quito: Ediciones del Banco Central de Ecuador, 1986. Impreso.
- Villanueva, Victoria. *La palabra escrita de Manuela Sáenz*. Lima: Movimiento Manuela Ramos y Elefante Azul Ediciones, 2016. Online.
- Von Hagen, Víctor. *Las cuatro estaciones de Manuela Sáenz 1797-1856*. Barcelona: Editorial AHR, 1958. Impreso.